

TEXTOS Y GLOSAS

nada la espiritualidad agustiniana y se estudia inclusive la salesiana.

Comprenderá, pues, Rvdo. P. Director, mi alegría con la aparición de su Revista, y que, por fin, se hayan decidido los buenos entendidos de la Orden en estas materias a publicar y anunciar al mundo nuestra espiritualidad y nuestra ascética tan gloriosas y tan olvidadas.

Me sospecho que esta revista tuvo su origen e inspiración en un simposio celebrado en París hace algún tiempo por tres hombres cumbres —como dice la simpática revista Casiciaco— que llenos de fe, amor y entusiasmo agustiniano, echaron las bases y los cimientos de ésta y de otras muchas empresas agustinianas. Loor y gloria, pues, a estas tres glorias agustinas: un alumno de la provincia neerlandesa que no tiene nada de la espesura municipal de su tierra, pues es bien sabido los gerifaltes espirituales que de allí han salido; de nuestro admirado y sutil psicólogo y psiquiatra bien conocido por nuestra tierra, y un especulador filosófico sólido y macizo como los muros de El Escorial. Vamos a ver si con ésta y otras publicaciones semejantes en otros campos conseguimos que de una vez desaparezcan los scambenitos que nos cuelgan por nuestra desidia y olvido de las glorias agustinianas, como por ejemplo lo que se dice en la Historia eclesiástica publicada por la BAC, donde se afirma que «la influencia de San Agustín en las diversas ramas de los así llamados agustinos fue tan grande como la del profeta Elías en la Orden carmelitana».

P. DAVID RUBIO, O. S. A.
C. de la Academia Española

Aunque la observación sea un poco tardía, sin embargo es justamente la *Revista Agustiniana de Espiritualidad* la llamada a hacerla. En un aire de agustinismo, en que se desarrolla la mejor actividad de nuestro siglo, como se ha dejado ver en el último centenario de manera especial y en las diversas publicaciones, que a diario llenan revistas y bibliotecas, resulta un poco anacrónico constatar haya quien haya dudado en insertar unas páginas sobre la espiritualidad agustiniana en una obra de colaboración especializada. Nos referimos a la obra, dirigida por Gautier, que ha titulado *La spiritualité catholique*, y cuya traducción italiana aparecía en 1956, en la Editorial Ancora⁽¹⁾. Me ha sorprendido sobremanera

(1) G. GAUTIER, *La spiritualità cattolica*, Edit. Ancora, Milano, 1956. La edición francesa está fechada lo mismo que la introducción en 1953, en Ed. Le Rameau, París.

TEXTOS Y GLOSAS

el título y la dimensión que se le ha dado, siendo lamentable la omisión de un espíritu que ha vivificado la espiritualidad occidental desde sus principios. Hablar de la espiritualidad católica —nótese que he subrayado *la*—, dejando al margen la espiritualidad agustínana, bien la de San Agustín, bien la de su Orden —problema éste que de momento no nos interesa—, es decir implícitamente que o San Agustín no tiene espiritualidad, o que de tenerla, su espiritualidad no es católica. No creo que sea aventureada la conclusión, ya que cualquiera, con menos lógica, llegaría a la misma consecuencia. Se debiera haber pensado en un título más modesto. Sin embargo, aparte esta pequeña anotación del título, que al fin explicaría el significado de la obra y sus omisiones, es preciso detenerse un momento a analizar la mente del Director de esta colaboración.

Indudablemente los trabajos se presentan con profundidad y sencillez, y los diversos tratadistas de espiritualidad —benedictina, franciscana, dominicana, carmelita, de la Imitación de Cristo, ignaciana, de San Francisco de Sales, de la Escuela francesa del s. XVII y contemporánea, son las estudiadas—, han expuesto el tema que se les ha confiado, con competencia y gran visión. Admirable en la presentación y en las colaboraciones, simplemente queremos hacer resaltar una idea, que debiera haber servido de base a todo el libro. Estudiando la Introducción de Gautier a la obra caemos en la cuenta de que la espiritualidad agustiniana merecía un puesto de honor, según los principios que él sienta. Si el fin de la obra es «dar una noción, si no completa, al menos, suficiente, de la espiritualidad católica y de sus diferentes formas» (p. 5), no es comprensible la ausencia de San Agustín, supuesto que es hoy el autor, sin duda alguna, más estudiado, aún en ese sentido. Añade además que «la espiritualidad católica se confunde con las escuelas fundadas por los autores que han llegado a ser «capofila», a veces de propósito y otras sin percatarse de ello» (13). Parece exagerado decir que la espiritualidad católica se confunda con las escuelas, aunque quizás la contraria fuera verdadera. En realidad una escuela no es «la espiritualidad católica», sino una forma de la misma, cuyo estrato inmutable permanece oculto y latente en cada una de las encarnaciones concretas de la espiritualidad, pero sin confundirse con ellas, ya que no se distinguen por eso. De tal suerte que si la espiritualidad católica se confundiera con las escuelas, como no existe más que una sola espiritualidad católica así no existiría más que una escuela.

Y concluye diciendo que «mientras otros han escrito sobre la historia de la espiritualidad a través de los siglos, no hablará más que

TEXTOS Y GLOSAS

de las escuelas principales, de aquéllas —agrega— que tienen todavía hoy influjo en el clero y en los laicos» (p. 14). Y sorprende la inconsecuencia de semejantes premisas. El espíritu de San Agustín es hoy materia abundante y alimento fuerte para las almas de nuestros laicos cualificados, que pretenden ser espiritualistas, guiados por un maestro. Sucede esto principalmente en Francia, donde la labor de los Agustinos Asuncionistas en los últimos años, ha ejercido una influencia arrrolladora en el círculo de los grandes intelectuales franceses al igual que en la gente humilde.

Es, no obstante, fácil de constatar que en toda otra espiritualidad late el espíritu agustiniano, la espiritualidad de S. Agustín. Sería inútil al presente resaltar los puntos de contacto. Baste recordar el influjo de S. Agustín, reconocido por todos los estudiosos, sobre los benedictinos ya en sus comienzos y más tarde en sus diversas ramificaciones, como palpablemente se ve en S. Bernardo. La escuela franciscana, ya en la historia conocida como agustiniana, tiene en muchos de sus autores un profundo sentido agustiniano, apreciable de un modo especial en S. Buenaventura y otros maestros. La dominicana, en función de sus doctores, sufrió la misma influencia, como puede apreciarse en diversos artículos publicados sobre el tema en los últimos años. Nadie niega la inspiración agustiniana de Tomás de Kempis, miembro de una rama de agustinos, ni del cariño de San Francisco de Sales por San Agustín, ni de Bérulle o de Olier. Porque en San Agustín no hallamos una metodología de espiritualidad, por eso ha cabido en toda otra escuela y a toda otra es preciso presentar la premisa agustiniana, que no estaría fuera de lugar en la obra que comentamos.

Por otra parte, la Orden de San Agustín ha tenido también su siglo de oro de la espiritualidad, hoy universalmente reconocido. Certo que España llevó la palma en ello, como la llevó en la espiritualidad carmelitana, no desligada de la agustiniana, como ha demostrado el P. Nazario de Sta. Teresa (Cfr. *Filosofía de la mística. Análisis del pensamiento español*. Ed. Studium. Madrid, 1954). Santo Tomás de Villanueva, Fray Luis de León, Bto. Alfonso de Orozco, Antolínez, Montoya, Alarcón, Malón de Chaide y tantos otros nombres que en cualquier recensión del tema están citados, son representantes netos de una verdadera y auténtica escuela de espiritualidad, como se ha definido, y con características bien determinadas, una escuela que se alarga hasta el actual P. César Vaca, según la lista de autores reseñada por el P. Royo Marín, en su *Teología de la perfección cristiana*. La escuela agustiniana poseía pues —y po-

TEXTOS Y GLOSAS

see por tanto— en su haber sobradas razones para ser incluída en una obra que llevará, impropiamente, por título, *La espiritualidad católica*. Omitir a San Agustín en la espiritualidad actual sería una omisión peligrosa.

P. JOSE MORAN, O. S. A.